

Vicente Lecuna es director de la Escuela de Letras de la Universidad Central de Venezuela. Se doctoró en Pittsburgh, en 1996. Ha publicado *La ciudad letrada en el planeta electrónico* (Madrid, Pliegos, 1999) y *Por no dejar* (Caracas, Pequeña Venecia, 2000). Publica con cierta regularidad en la revista *Estudios* (Universidad Simón Bolívar, Caracas).

Canibalización y chavismo

Vicente Lecuna

Só me interessa o que não é meu.
Lei do homem. Lei do antropófago.

OSWALD DE ANDRADE

Hace pocos años se publicó en Caracas *Dos izquierdas*, de Teodoro Petkoff (Alfadil, 2005). Este libro recoge una serie de ensayos políticos de quien se puede decir que fue el dirigente de izquierda más importante de Venezuela, hasta que todo cambió con la llegada de Hugo Chávez a la presidencia de la República, en 1998. En lo que viene quisiera discutir la propuesta central del libro, la tesis de las dos izquierdas, y tratar de ir un poco más allá: es decir, quisiera plantear el asunto como un proceso de reconocimiento de contradicciones *dentro* de la izquierda y no como un dilema que suponga escoger una de las dos opciones y desconocer a la otra.

En el primer ensayo, que da título al libro, Petkoff plantea una diferencia fundamental entre lo que él llama «la izquierda arcaica» y «la izquierda moderna». La primera estaría caracterizada por un marcado rasgo militarista, y sus representantes más destacados serían Castro y Chávez, en el caso latinoamericano. A esta izquierda Petkoff también la llama borbónica, «esa de la cual, como de la casa real, se puede decir que ni olvida ni aprende». La segunda estaría caracterizada por lo que él llama «reformismo avanzado» (30). En este caso sus representantes destacados serían Lula, Lagos, Kirchner y Vásquez. Desde la misma portada del libro (de Ulises Milla) se avisa esa diferencia: aparece la hoz y el martillo del PC del lado izquierdo, y el puño con la flor del PSOE del lado derecho, ambos logos de color rojo, sobre fondo negro.

Petkoff propone que si bien «Estas dos corrientes de la izquierda coexisten en el continente (en Latinoamérica) y aunque superficialmente pueden ser tomadas como una sola familia, son visibles las contradicciones que las oponen entre sí» (29). Como se sabe, esa polémica no es nueva: desde que la izquierda existe, siempre hemos tenido ejemplos de radicalismo contra reformismo, de comunismo contra socialdemocracia o socialismo, de izquierda dura contra izquierda *light*, de izquierda *pop* (tipo Manu Chao) contra izquierda de alta cultura (tipo Theodor W. Adorno), entre tantas otras. El mismo Petkoff se encarga de revisar con cuidado esa historia de distanciamientos y fracturas, a lo largo de este primer ensayo y del resto del libro. Es muy conocida esa secuencia de peleas, así que no merece la pena detenernos en esto. Pero si me perdonan la simplificación podría decir que lo que suele subyacer es una diferenciación entre buenos y malos. Los buenos son siempre los que enuncian la diferenciación y los malos son los que son enunciados en ella. Así, por ejemplo, la vía democrática hacia el socialismo de Allende era duramente criticada por los radicales de entonces, y viceversa. En Venezuela esa contradic-

ción tuvo su capítulo en la guerrilla: amplios sectores juveniles de los partidos políticos tradicionales se lanzaron a la lucha armada a partir de los años sesenta, siguiendo el ejemplo de Castro, inconformes con el «reformismo avanzado» de la socialdemocracia de Rómulo Betancourt. Quizá sea la primera fractura del Partido Comunista Venezolano, ese que llamaban El Pomposo (antes del Primer Congreso), el ejemplo más viejo en el caso de Venezuela: al reunirse por primera vez en 1931 inmediatamente se fractura.

Sin embargo el análisis de Petkoff arroja una nueva forma de ver las cosas, al calor de la circunstancia actual, que poco se parece a las anteriores. La guerra fría ya no define los conflictos geopolíticos globales, las ecuaciones de poder ya no dependen tanto de las naciones, el mercado es mucho más influyente que antes, entre otras cosas. Todo esto hace que la diferencia entre las dos izquierdas deba ser leída de una forma que se compagine, por ejemplo, con las fuerzas de la globalización, ya sea para contradecirla o para acoplarse a ella. Petkoff también se diferencia de los análisis anteriores porque toma en cuenta el caso particular del proyecto político de Chávez, que, como se sabe, combina elementos atávicos y telúricos de la historia latinoamericana (caudillismo, centralismo, voluntarismo y justicia social) con elementos pragmáticos actuales (precios del petróleo, hipercomunicación, multilateralidad, cabildeo global). Chávez, para decirlo pronto, no suele parecerse mucho a ningún caso previo: «No es el de Chávez un gobierno dictatorial y mucho menos totalitario a la cubana, pero tampoco es una democracia» (37) ¿Qué es eso que no es democracia, ni dictadura ni totalitarismo? No sabemos muy bien de qué se trata. Todavía no tenemos nombre para esto, pero sin duda el libro de Petkoff, así como también el de Cristina Marcano y Alberto Barrera: *Hugo Chávez sin uniforme* (Debate, 2006), por cierto, echan alguna luz sobre el asunto. Me atenderé al libro de Petkoff en este caso, menos conocido en España que el de Marcano y Barrera.

Petkoff reconoce que ambas izquierdas se ven obligadas a convivir en la arena política globalizada. De hecho: se abrazan en foros internacionales, hacen acuerdos comerciales y culturales, se apoyan, se reconocen públicamente, construyen relaciones. Esas relaciones, por supuesto, entran en conflictos que por ahora son de baja intensidad, cuando explota el caso de las computadoras de Raúl Reyes de las FARC, por decir algo. Esas distancias, sin embargo, marcan separaciones importantes: «Para la izquierda moderna y democrática, que metabolizó la experiencia de la lucha armada y la crisis del modelo soviético así como las desventuras del allendismo y del sandinismo, que no se asoma al espejo cubano, las relaciones con la izquierda borbónica, conservadora y no democrática, forman parte, sin embargo, del manejo de sus contradicciones internas» (40). Es decir: en un plano menos protocolar, esas contradicciones internas de la izquierda moderna que se relaciona con la borbónica deben ser contenidas, trabajadas, en fin, metabolizadas de nuevo, diría yo. Buena parte del primer ensayo está dedicada, de hecho, a mostrar el dilema que esto supone: si bien las dos izquierdas conviven y convienen (con sus contradicciones internas y con las que afloran entre ellas) en el fondo proponen proyectos político muy distintos, y en algunos casos opuestos, según Petkoff. Para él la opción correcta es la del «reformismo avanzado», para otros es el «militarismo borbónico». Petkoff, por supuesto, nos invita a acompañarlo de su lado, con argumentos convincentes, duros, pragmáticos. En fin: con los pies en la tierra.

En lo que viene quisiera sugerir una forma parcialmente distinta de entender este problema. Comparto en gran medida el planteamiento de Petkoff, sin embargo creo que puede resultarle mucho más productivo a la izquierda latinoamericana (y a la venezolana en particular), suponer que esas dos izquierdas son en realidad una misma, «una misma familia», y no dos: una «moderna» buena (de corte liberal) y otra «arcaica» mala (que viola derechos humanos, por ejemplo), o viceversa, por cierto.

Me gustaría pensar, además, que esta perspectiva no es superficial. Comparto con Petkoff su dura crítica del autoritarismo chavista. Sin embargo, poner una distancia insalvable entre el autoritarismo y la tendencia más bien democrática de la otra izquierda puede, a la postre, menoscabar las posibilidades de articular, en Latinoamérica por lo menos, un proyecto político de justicia social que pueda competir, con alguna posibilidad, contra el neoliberalismo. Entiendo que este argumento, que le debo a John Beverley, y que comparto, no es fácil de tragar, sobre todo para las personas que vivimos en Venezuela. La polarización que sufrimos es como una gruesa neblina, es como quedarse ciego.

Yo iría un poco más allá: no se trata solamente de un problema de hacer un frente anti-neoliberal, un proyecto de «ancha base». Lo que quisiera decir es que el argumento de las dos izquierdas quizá no deba ser planteado como un dilema: «reformismo avanzado» o «militarismo borbónico», sino como un proceso de apropiación y reconocimiento de ambas opciones dentro de la tradición y con miras al futuro de la izquierda. Para ponerlo de otra manera: se trataría de reconocer como propio el lado oscuro (cualquiera que sea) de la izquierda, y no de volverlo ajeno. Por cierto, Petkoff no desconoce el lado borbónico, del cual participó en su juventud. Al decir que la izquierda moderna «metabolizó» a la arcaica, sugiere ese reconocimiento, o si se quiere propone una especie de canibalización (a la manera de Oswald de Andrade) y no una negación (ni una aceptación pasiva, por su puesto). Lo que creo que falta es una discusión sobre la necesidad de metabolizar al propio chavismo, de reconocerlo como propio, de criticarlo y revisarlo sistemáticamente, de canibalizarlo. El chavismo es, al fin y al cabo, una forma de poder dominante en Venezuela. Así mismo, creo que también faltaría, dentro del chavismo, ese mismo proceso: durante diez años de gobierno, este proyecto político ha venido purgando sus diferencias internas, ha desconocido sistemáticamente su lado civilista y democrático. No ha logrado metabolizar a la izquierda moderna, más bien la ha tirado a un lado. Y eso, pienso, es un error.

No pretendo seguir una tesis necesariamente hegeliana en esto. No creo que una síntesis de esas dos tendencias produzca necesariamente un resultado mejor. Lo que quisiera proponer es que ambas le pertenecen a la izquierda, para bien y para mal, que ninguna izquierda puede deslastrarse fácilmente de su lado oscuro, sea este el moderno o el arcaico, dependiendo del caso. Y que también, algunas veces, se pueden mezclar o por lo menos convivir con sus diferencias en un plano horizontal. Que más le vale, en fin, asumirlas que negarlas.

Si la izquierda actual pudiera reconocer esas contradicciones como un dato fundamental, creo que podría acercarse a la realización de un proyecto político siempre postergado, inacabado, traicionado o derrotado. Expulsar la diferencia, demonizarla, alejarla, podría contribuir, más bien, a seguir un juego que se sabe perdido. Sería un *denial*, como dicen en inglés.

La diferenciación que hace Petkoff se refiere, en parte, a una fractura en su propia vida. Como dije, él participó en la lucha armada guerrillera en Venezuela, luego se separa del Partido Comunista Venezolano, a raíz de la invasión a Checoslovaquia y publica *Checoslovaquia: el socialismo como problema* (1969), un libro revolucionario y adelantado a su momento que pone bajo la lupa el tema del imperialismo soviético y que marca la fractura que da pie al nacimiento del Movimiento al Socialismo (MAS) en 1971, partido que representa en Venezuela la izquierda moderna, el reformismo avanzado (al lado de Acción Democrática, el más importante de los partidos socialdemócratas). Desde que fue ministro del Presidente Rafael Caldera (1994-1999) en la segunda mitad de su gobierno, ha sido acusado, por la izquierda arcaica, de sostener posiciones liberales.

El chavismo, entonces, según Petkoff, sería una especie de recuperación de ese pasado militarista, guerrillero, autoritario, que de alguna manera se mantuvo vivo en Latinoamérica, latente en general, y en algunos casos, como en las FARC, completamente realizado. Esa forma de la izquierda sería la que habría tomado el poder en Venezuela. Las formas *light*, modernas, serían las que tomaron el poder en Chile y Brasil, por ejemplo. El chavismo sería una especie de retroceso a ese momento superado en la vida de Petkoff y en la historia de buena parte de la izquierda latinoamericana. Superado, sin embargo, no quiere decir negado ni expulsado, por lo menos en el caso de Petkoff.

Su opción, por supuesto, es clara: «Dadas las circunstancias históricas del continente, es en esta izquierda moderna, con los pies en la tierra, donde descansa la perspectiva de cambios sociales de avanzada, sustentables y perdurables, cuyo ritmo de implementación seguramente no será el mismo en todas partes pero que probablemente irá ensanchando, con cada logro, el espacio para nuevos y más fecundos en materia de equidad social y profundización de la democracia, que, en definitiva son dos modos de nombrar la misma cosa: una sociedad de justicia y libertad.» (32)

Aunque su propuesta resulta difícil de contradecir, uno no puede dejar de notar cierta coincidencia entre el planteamiento de esta izquierda reformista y la propuesta neoliberal. Ambas, por lo menos en este caso, parecen estar de acuerdo en un proyecto similar, que puede ser de izquierda o de derecha, no importa, siempre y cuando se tome en cuenta el horizonte del mercado. Aunque estoy convencido de que Petkoff no estaría nunca del lado neoliberal, ni del lado militarista de la izquierda, me parece que hay que tomar en cuenta esta coincidencia. ¿De qué lado se inclinará la balanza de la historia cuando le toque hacerlo? ¿Del lado neoliberal o del lado del reformismo avanzado? ¿O del lado de la izquierda borbónica que también puede convenir con el capitalismo?

Quiero decir: uno podría hacer una crítica equivalente a la de Petkoff, pero inversa. Podríamos decir que la izquierda moderna en realidad representa un proyecto político domesticado, edulcorado, reblandecido, que a la postre le conviene al neoliberalismo porque le pone algún orden, o promete hacerlo, al despelote tercermundista. Esas críticas probablemente sean correctas. Sin embargo, lo mismo se puede decir de la izquierda militarista: Venezuela, por ejemplo, no deja de producir petróleo para el mercado de Estados Unidos, que en el fondo es lo que importa. Es decir: no cumple nunca, hasta ahora por lo menos, con sus amenazas. En realidad estas resultan más bien retóricas. En fin: en el mundo globalizado hasta la izquierda dura (para no hablar de otras cosas como el terro-

rismo) está dentro del juego capitalista: no hay un afuera, o por lo menos todavía no lo vemos. ¿Tenemos que inventar un afuera distinto a los anteriores o acaso debemos mantenernos dentro de la cancha? Chávez, sin duda, no se sale de la cancha, y tampoco logra acercarnos a una sociedad más justa: «El punto es que más allá de los programas sociales no hay, hasta ahora, ninguna política que apunte a modificar las causas estructurales de la pobreza y aquí reside un talón de Aquiles del proyecto chavista» (38), dice Petkoff.

Un planteamiento similar, aunque inverso, al de las dos izquierdas se desarrolla en el polémico ensayo de John Beverley «The Neoconservative Turn in Latin American Criticism» (2008). Para resumir un largo y muy interesante argumento, Beverley nota cómo algunos importantes críticos literarios y culturales latinoamericanos, como Beatriz Sarlo, parecen haber dado un giro hacia una forma conservadora que defiende a capa y espada los privilegios interpretativos de la intelectualidad de izquierda, de la izquierda crítica, que pone una distancia insalvable con las luchas armadas, que no las metaboliza sino que las niega. En ese gesto, algunos intelectuales latinoamericanos parecen coincidir con sus antiguos oponentes, los conservadores. Precisamente esto, según Beverley, perjudicará a la izquierda en general: «*If I am correct in my diagnosis of a neoconservative turn in Latin American Criticism, my concern is that it may similarly act to inhibit or limit the Latin American left's goals and possibilities in the coming period*» (67).

Uno no podría, por supuesto, colocar a Petkoff de lado de los neoconservadores que Beverley señala. Sin embargo, de nuevo, la coincidencia es interesante, por lo menos. El planteamiento de Petkoff se diferencia del de los neoconservadores de izquierda porque no pretende retener ningún privilegio interpretativo. Intenta, más bien, recolocar a la izquierda dentro de un proyecto viable, realizable, contextualizado, aterrizado en las condiciones actuales, sin tener que negar la experiencia de la guerrilla. ¿Podrá una nueva izquierda postchavista metabolizar al propio chavismo dentro de un proyecto menos enloquecido, menos retórico, menos petrodolarizado, menos clientelar y más justiciero, más democrático, que tome en cuenta las diferencias y que no pretenda igualaciones autoritarias, ordenadoras y centralistas que reproducen formas de poder equivalentes o peores a las del capitalismo a la manera venezolana?

Habría que decir algo más sobre la izquierda moderna: ella podría ser, también, una especie de virus atenuado que se inyecta con el objetivo de crear anticuerpos, para decirlo de una forma anticuada. La izquierda moderna, si bien resulta más viable, puede ser vista como un proyecto que traiciona o suaviza el objetivo de la justicia social, del necesario vuelco en las estructuras de poder para que se produzca un cambio duro y notable en las desigualdades sociales. De nuevo: este argumento es importante, y debe ser tomado en cuenta, y probablemente debamos seguirlo de cerca. Sin embargo la izquierda militarista que actualmente tiene el poder en Venezuela también puede ser acusada de lo mismo, de ser, al fin y al cabo, no más que una inmunización del sistema capitalista global, a sabiendas de que ella es débil, neutralizable y derrotable.

Al ver los resultados provisionales del proyecto chavista, uno no puede sino pensar que la izquierda militarista tampoco está produciendo cambios estructurales. Ese es su talón de Aquiles, como dice Petkoff. Uno puede llegar a pensar que en realidad la izquierda borbónica es un movimiento conservador, que más bien detiene los cambios y que con-

viene al neoliberalismo, que pone a los países del tercer mundo en su acostumbrado lugar tradicional: productores de materia prima y proveedores de mano de obra barata, de la mano de un autoritarismo que tan sólo impide el caos social, en el mejor de los casos. Sin embargo, esa izquierda conservadora debe ser metabolizada, debe ser canibalizada. Negarla es más fácil, sin duda, y a la vez, hay que decirlo, más oportunista.

A pesar de sus serias diferencias las dos izquierdas mantienen relaciones. Petkoff no lo niega. Tampoco supone que necesariamente venga una fractura entre ellas: «Entre las dos grandes alas de la izquierda latinoamericana y caribeña hoy gobernantes, a pesar de sus discrepancias, existen, sin embargo, múltiples vasos comunicantes y luce apresurado pensar que sus evidentes contradicciones conceptuales y de estilo puedan producir una fractura entre ellas» (40).

Yo diría que se trata de algo más complejo que unos vasos comunicantes. La imagen del vaso comunicante supone dos o más cosas distintas. Quizá sea mejor pensar en la izquierda como un solo vaso, repleto de distintas y contradictorias sustancias que en algunos casos se mezclan, y en otros no. Creo que la supervivencia de la izquierda también depende de reconocer esa imposibilidad de la mezcla total, de la necesidad de las distintas tendencias dentro de su seno.

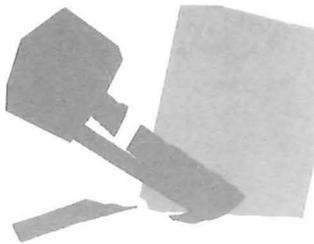
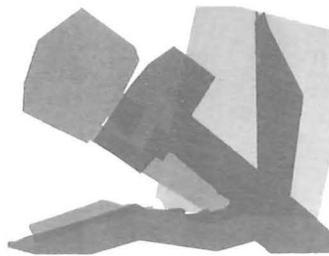
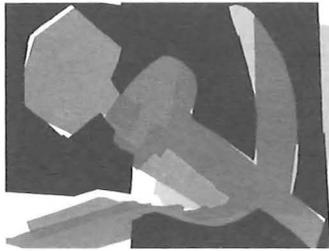
Como vimos, en la propuesta de Petkoff, la izquierda moderna ha metabolizado a la izquierda borbónica, la ha hecho suya, la reconoce como parte de su historia, a pesar de sus diferencias. La izquierda borbónica, por su lado, no reconoce bien a la izquierda democrática: la acusa de neoliberal, no revolucionaria, vendida. Hace un poco más de un año, el chavismo intentó unificar a las ramas de la izquierda que lo apoyan dentro de un solo partido, el Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV). Es decir: intentó que el Patria para Todos (PPT) y el PCV fundamentalmente (además de otros partidos más pequeños), desaparecieran y pasaran a formar parte del PSUV. En Venezuela, como en tantos otros países, ya habíamos vivido varios intentos de clausura del Partido Comunista desde el poder. Lo novedoso, en este caso, es que el poder que lo quiso anular es de izquierda (quizá haya alguna no muy feliz similitud con el caso del viejo PC cubano, anulado por Castro en su momento). Ese intento fracasó fundamentalmente porque suponía, de nuevo, desconocer una parte de la otra izquierda y las diferencias internas dentro del chavismo. Como plantea Petkoff: «Chávez nada entre dos aguas. Una, la de la democracia (...) Otra, la del autoritarismo...» (37). Esa agua democrática es cada vez más desconocida. Más negada. Más anulada.

Tampoco reconoce la experiencia de la democracia venezolana durante buena parte del siglo XX, de carácter fundamentalmente socialdemócrata, como parte primordial de su mismo proyecto político, del llamado socialismo del siglo XXI. Uno puede admitir que en esto hay un efecto propagandístico: el chavismo pretende mostrarse como algo nuevo, en oposición a esa vieja democracia, repleta de proyectos truncados, desviados y hasta invertidos (cuando en realidad no es muy novedoso que digamos). Estamos de acuerdo. Pero en un análisis más atento, y si pudiéramos ponernos los zapatos del chavismo, parece equivocado darle a la espalda a esa experiencia, no reconocerla, no metabolizarla, no canibalizarla. A pesar de todo esto, insisto, no tiene sentido negar al chavismo: hay que metabolizarlo, hay que canibalizarlo. ■

Referencias bibliográficas

BEVERLY, John (2008), «The neoconservative Turn in Latin American Criticism», *Journal of Latin American Cultural Studies*, 17:1, págs. 65-83

PETKOFF, Teodoro (2005), *Dos izquierdas*, Caracas, Alfadil.



Andy Warhol
Hammer and Sickle
(1977)